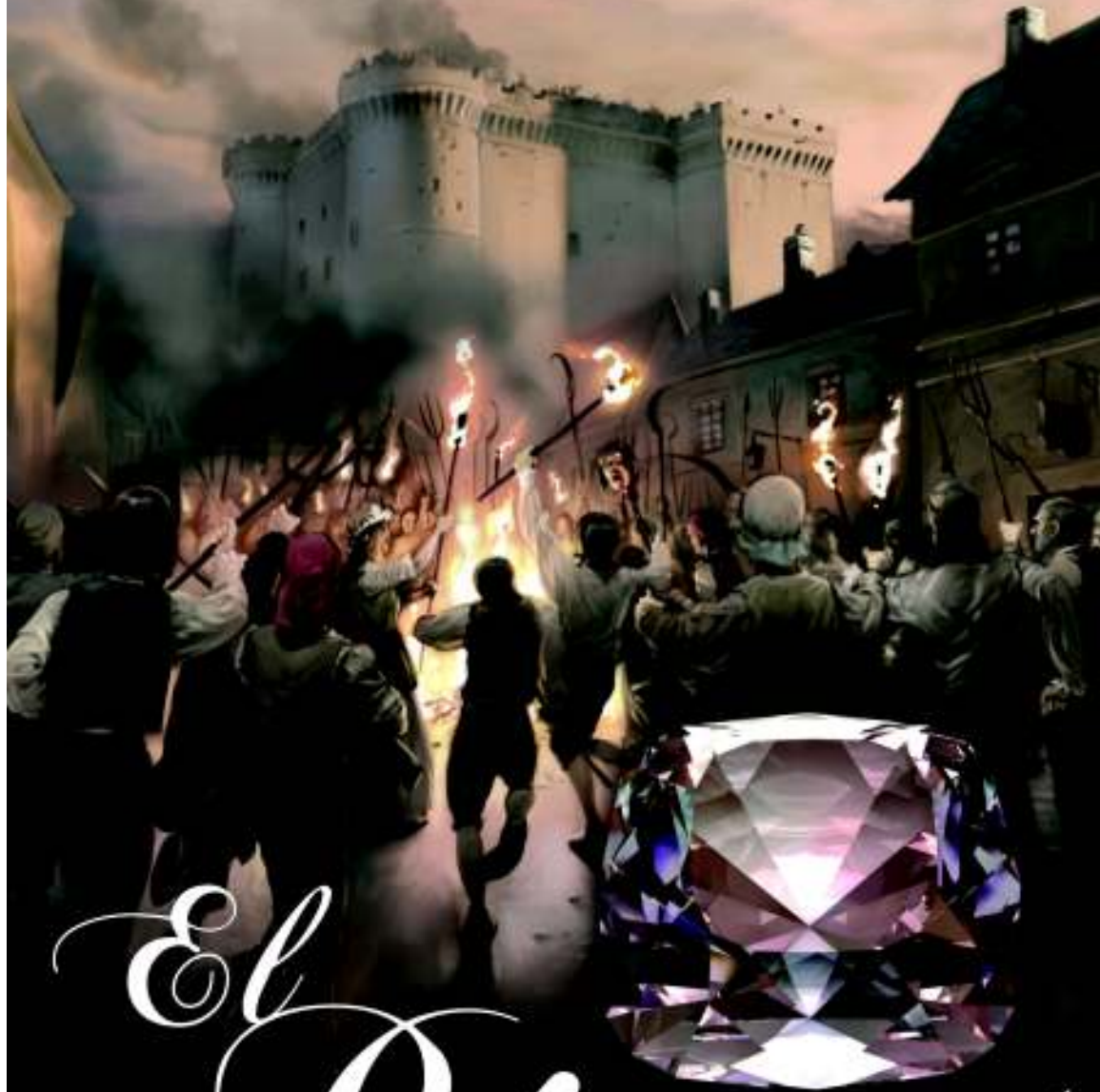


Michel de Grèce



El Régent
el diamante
de la Revolución

viceversa histórica

El Régent, el diamante de la Revolución

Michel de Grèce

Traducción de Robert Juan Cantavella





Título original: *Le vol du Régent*

© Éditions Jean-Claude Lattes, 2008

© Editorial Viceversa, S.L., 2010
Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

© de la traducción Robert Juan Cantavella, 2010

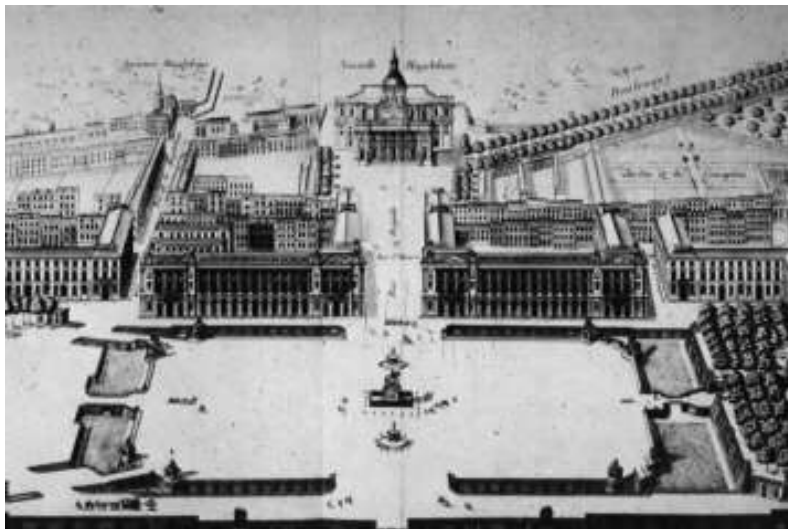
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-92819-14-0

Depósito legal: B-2044-2010

Impreso por Printer Industria Gráfica

Printed in Spain - Impreso en España



Grabado de la plaza Luis XV, actual plaza de la Concordia, con el edificio que albergó el Guardamuebles donde se custodiaban las joyas de la Corona de Francia.

De M. para M.

Primavera de 1789

Aquel 4 de mayo el tiempo era radiante, casi hacía calor, las copas de los árboles se habían llenado de hojas y las flores coloreaban los parterres, los jardines, los balcones. Todo Versalles estaba fuera, en los balcones o en la calle. Todo Versalles y podría decirse que todo París, pues los habitantes de la capital habían hecho el viaje por millares. Abajo, en las aceras, se apretujaba la gente del pueblo con su ropa de fiesta. En los balcones, los más pudientes se pavoneaban con sus mejores galas, los caballeros con vestidos de seda bordada y las damas con verdugados y peinados extravagantes.

El centro de las calles que iban a acoger el cortejo había sido despejado. Dos filas de guardias franceses y suizos contenían con dificultad a una muchedumbre cada vez más numerosa, una muchedumbre en perfecta armonía con el tiempo, alegre y animada. Charlaban y reían ligeramente impacientes mientras esperaban la llegada del cortejo. Nadie había querido perderse la reunión de los Estados Generales. La apertura real tendría lugar el día siguiente. Hoy la jornada estaba consagrada a la oración, para pedirle a Dios que iluminase a los diputados. Eran mil doscientos y llegaban de toda Fran-

cia, convocados por el rey para encontrar pronta solución a los males del reino. Hacía ciento setenta y cinco años que no se convocaban los Estados Generales, de ahí la excitación esperanzada del gentío. Sabían que, desde hacía mucho tiempo, algo estaba podrido en el reino de Francia. La pesada máquina del Estado se había paralizado hasta tal punto que ningún gobierno, ninguna reforma, ninguna tentativa podía prosperar.

El rey, como en raras ocasiones hicieran sus antepasados en tiempos de crisis especialmente graves, había decidido convocar a los representantes electos a fin de escucharles, recoger sus quejas, y decidir en consecuencia las transformaciones que era menester llevar a cabo. Se trataba del recurso supremo, el definitivo, el último que preveían las leyes no escritas del reino. Si los Estados Generales fracasaban, nadie imaginaba lo que podría suceder. Pero todos confiaban en que la solución estuviera ahí, al alcance de la mano. De las reflexiones de los diputados y de la buena voluntad del rey saldría una Francia nueva, joven, limpia, enérgica y justa.

La muchedumbre se estremeció. Las miradas, que se dirigían en la misma dirección, anunciaban la proximidad del cortejo. Había salido de la iglesia de Notre Dame, donde se cantó un *Veni Creator*, para dirigirse luego a la catedral de San Luis. En cabeza avanzaban cientos de diputados del Tercer Estado, es decir, representantes de la burguesía y del pueblo, todos ellos vestidos de negro. La muchedumbre aplaudía. Pero nadie aplaudía más fuerte que un hombre, grande y delgado, que estaba de pie en un balcón rodeado por un enjambre de mujeres bonitas. Sus ropajes excéntricos —el corte no era francés—, así como los colores chillones, lo hacían especialmente visible en medio de aquella multitud. Era rubio, de ojos azules, y sus rasgos firmes lo delataban como inglés. Era muy atractivo y él lo sabía. Cuando pasaron aquellos hombres de negro, su entusiasmo parecía no tener límites.

—¿Cómo puede usted, milord Carrington, aplaudir a esa gente insignificante? —le gritó una atolondrada de alto copete que estaba junto a él y lo miraba con ardor.

—Esa gente insignificante como usted la llama, señora, es la Francia del mañana.

—El rey es la Francia de siempre —aseveró otra mujer, menos bonita pero más sensata.

—Como usted sabe, señora, en el fondo soy republicano. Me exilié de mi país para no tener que hacerle reverencias a nuestro rey Jorge. Aquí, como extranjero, por lo menos no estoy condenado a aparecer por la corte. ¡Fíjese en esos mequetrefes con encajes, y en esos gordos prelados llenos de arrogancia y desprecio! Mi sueño es que un día todos ellos sean barridos...

En efecto, los diputados de la nobleza y del clero acababan de pasar tras los otros: menos numerosos pero vestidos con mucho más lujo; haciendo gala de bordados, sedas y colores primaverales aquéllos, y con cola de seda violeta y suntuosos roquetes los obispos. El color negro volvió a aparecer cuando los doscientos curas con sotana oscura desfilaron tras sus engalanados superiores.

La excitación de la muchedumbre aumentó, al mismo tiempo que se imponía un silencio expectante y de cierto respeto: la corte se aproximaba. A la cabeza iban los cortesanos de servicio, los gentileshombres de la Cámara, los capitanes de la Guardia Nacional, los chambelanes y las damas de honor con vestidos de gran lujo. A continuación, muy despacio, avanzaban el rey y la reina. El paso de Luis XVI era muy poco majestuoso, pues se balanceaba como un pato, mientras que María Antonieta parecía deslizarse por la alfombra dispuesta en medio de la calle como un cisne sobre el agua. Ambos no eran sino una masa de oro, plata y diamantes. La multitud gritó numerosos vivas en honor al rey y ninguno en honor a la reina.

—¿Cómo?, ¿has gritado «Viva el rey»? —se indignó una mujer grande, morena y con el rostro muy expresivo dirigiéndose a su compañero, un hombre más pequeño que ella, de ojos azules y brillantes.

—No me gusta la reina, no me gusta la corte, no me gustan los nobles, no me gustan los obispos —se vio obligado a explicar su compañero— pero, créeme, Anne-Louise, el rey es bueno, él escuchará al pueblo y hará las reformas necesarias... ¿me escuchas?

—No, Yvon, no te escucho, estoy mirando los diamantes que llevan.

—Deformación profesional...

Con mirada escrutadora, Anne-Louise se fijaba detenidamente en los engastes de brillantes que salpicaban el traje bordado en oro de Luis XVI, la placa de la orden del Espíritu Santo, la charretera y la espada, todas consteladas de diamantes. En particular se fijó en un gran rubí y una enorme piedra azul que adornaban el Toisón de oro.

—Mira, Yvon, lo que hay en el centro de la hebilla del sombrero del rey, ¿lo ves?, ese enorme diamante es el más grande y el más valioso de todo el Tesoro, ¡es el Régent!

—Y fíjate en la reina —dijo Yvon—, con esos aires orgullosos y arrogantes. Como no pertenecemos a la nobleza, nos desprecia...

—¡Mira el diamante que lleva en el pelo! ¡Es el famoso Sancy!

Anne-Louise también reconoció, por haber leído mil veces la descripción, los dos Mazarinos que María Antonieta llevaba en las orejas así como el famoso diamante Espejo de Portugal y el llamado De Guise, que se había hecho montar como un broche en su vestido bordado en plata.

—Valen millones de libras... —murmuró ella.

—Imagina —replicó Yvon—, si tuviésemos sólo una milésima de una milésima de esa fortuna.

El cortejo pasó y la gente, satisfecha del espectáculo, se dispersó. Mientras el pueblo corría hacia los bailes al aire libre, la gente más pudiente se retiraba de sus balcones al interior de sus casas donde les esperaban ricos y abundantes bufés.

Parisiños y versalleses se tomaron su tiempo para comer y beber hasta saciarse. El único que aquel día de fiesta no se entretuvo fue su soberano. Apenas terminó la ceremonia, regresó al castillo. Allí se dirigió al guardarropa de sus apartamentos privados, situados a la derecha del pabellón central. En aquella estancia cubierta de armarios, lo esperaba su primer ayuda de cámara, Marc-Antoine Thierry de la Ville d'Avray. Mientras el rey parecía ansioso por liberarse de aquellas joyas tan suntuosas que tanto detestaba, su primer ayuda de cámara las desabrochaba y ordenaba con una lentitud meticulosa, a fin de no dañarlas. Ya había desabrochado la hebilla del sombrero adornada en su centro por el más importante y famoso diamante del Tesoro: el Régent; también había colocado en su lugar, sobre el terciopelo, el Toisón de oro adornado con piedras preciosas, así como la placa del Espíritu Santo y la charretera adornadas de diamantes, y con mucho cuidado puso a buen recaudo la espada, con 2.189 diamantes engastados. A continuación, desabrochó los zapatos dorados del rey con las hebillas cubiertas de brillantes, y los cincuenta y seis botones del vestido ensartados con diamantes de distintos tamaños.

—Tened mucho cuidado —se creyó obligado a decir el rey.

—Majestad, no hay tarea más sagrada para mí que velar por este tesoro confiado a mi cuidado.

Luis XVI estalló en una gran carcajada:

—Olvidaba que fuisteis vos quien me hizo poner y llevar la mayor parte de esas joyas.

—A mayor gloria de Su Majestad.

No sin cierta torpeza, el rey le comentó a su primer ayuda de cámara:

—Así pues, ¿estáis contento de ser barón?

En efecto, el susodicho había nacido en una familia de la gran burguesía que contaba con varios sirvientes de la Corona. Había ganado mucho dinero y adquirido tierras importantes en Ville d'Avray, donde se hizo construir un gran castillo. El rey había coronado sus esfuerzos con un título nobiliario.

—Si estoy orgulloso de ser barón, es por ser más digno de servir a Su Majestad.

Cuando las piedras estuvieron guardadas en su joyero de terciopelo y los armarios cuidadosamente cerrados con llave, el rey se puso un traje de seda de color ciruela, su color preferido.

—Ahora, seguidme, Thierry, tenemos cosas que hacer.

Atravesaron un pequeño pasillo, luego el gabinete del rey que había sido el de su abuelo Luis XV, y penetraron en un gabinete trasero. Al igual que el guardarropa, estaba tapizado de armarios blanco y oro. El centro de la estancia lo ocupaba un gran escritorio de marquetería con bronce dorados, rodeado por algunas butacas blancas y azul pálido.

—Han llegado varios mensajes —comenzó Thierry—. Mientras Su Majestad estaba en la ceremonia, me he ocupado de hacerlos descifrar.

Acto seguido le mostró al rey varias páginas cubiertas por su fina escritura.

—Le recomiendo muy particularmente a Su Majestad que preste especial atención a los informes de 27 y 53.

—27, 53... Si no me equivoco se trata de Inglaterra...

Luis XVI se dirigió hacia uno de los armarios. Sacó de su bolsillo una minúscula llave de oro y la introdujo en una cerradura casi invisible. De inmediato se abrió una de las molduras descubriendo un pequeño espacio disimulado en la marquetería. De tal escondrijo sacó un fajo de papeles en los que figuraban una secuencia de cifras junto a una serie de nombres. Cada hoja tenía como membrete el nombre de un país: Rusia,

Sacro Imperio, España, Dinamarca, Nápoles. La hoja en la que figuraba la lista más larga llevaba por título «Inglaterra». Luego se sentó pesadamente en una de las butacas y empezó a leer los informes transcritos por Thierry. Los mensajes eran bastante cortos pero, no obstante, el rey los relejó varias veces antes de comentar:

—El Gobierno británico se alegra de la reunión de los Estados Generales. Eso me inquieta, mi estimado amigo Thierry. Inglaterra no nos perdona haber ayudado a América a conseguir su independencia. Además, si se alegra de algo que tiene lugar en Francia, es forzosamente porque detrás se oculta algún tipo de intriga diabólica que opera en su favor. Tomad vuestra pluma, Thierry.

El primer ayuda de cámara, que durante este tiempo había permanecido respetuosamente de pie, tomó asiento en otra de las butacas y se dispuso a seguir las instrucciones de su rey.

—Escribid a 23 y a 57. Esperad...

Luis XVI tomó la lista titulada «Inglaterra», la consultó durante largo rato en silencio y volvió a comentar:

—Escribid también a 48 y a 12, son nuestros mejores agentes. Decidles que tenemos la sospecha de que el Gobierno británico podría estar preparando algo en nuestra contra. No sabemos qué, pero es menester que consigan anticiparse a las intenciones de Inglaterra a cualquier precio. Puede que por el momento no tengan ninguna, pero me extrañaría mucho.

Tras un tiempo de reflexión, continuó:

—Hay que reconocer que mi abuelo tuvo una gran idea cuando inventó el «secreto del rey». Sabía muy bien que sus ministros no sólo servían para bien poco, sino que no eran nada discretos. Creó su propia red de espías por toda Europa, una red que no informaba sino a él mismo, y a quienes daba instrucciones de forma directa. Nadie sospechó nunca nada. Imaginad, Thierry, cuando lo sucedí estuve tentado de suprimir el «secreto del rey». Tal práctica me parecía inconve-

niente, pero no tardé mucho en apreciar su utilidad. Luis XV amaba el misterio... Yo no lo aprecio especialmente, pero reconozco que, en mi posición, resulta indispensable. Tan pronto como terminéis, encargaos de que codifiquen los mensajes lo más rápido posible y haced partir a los correos secretos.

Y con su pesadez característica, Luis XVI añadió:

—A fin de cuentas, pagamos bastante caro a vuestros doce empleados: 450.000 libras al año. Con eso habría para codificar la Biblia entera... ¡Venga!, he de dejaros. Esos inútiles me esperan.

Unos instantes más tarde entró en su amplio gabinete, lleno de muebles decorados con resplandecientes dorados. Varios ministros, todavía ataviados con los ostentosos trajes de la corte que se habían puesto para la ceremonia de la mañana, se inclinaron hasta muy abajo.

—A trabajar, señores —les saludó el rey.

Había sido una jornada agotadora. Apenas terminó la cena, el rey se acostó todavía más temprano que de costumbre. En cambio, a María Antonieta le encantaban las largas veladas. Su primera doncella, la señora Campan, se encargó de guardar en los armarios de su impecable gabinete los magníficos diamantes que había lucido durante la mañana. Y ella cambió su ropa ceremonial bordada en plata por un vestido ligero de seda.

La medianoche se aproximaba. La reina seguía en su tocador, rodeada de sus íntimas: la duquesa de Polignac, la princesa de Lamballe y, por supuesto, la señora Campan, la doncella que la ayudaría a ponerse su ropa de dormir. La luminosidad de aquella noche de mayo, que entraba por los grandes ventanales abiertos del gabinete de la reina, era tal que cuatro velas dispuestas cada una en un candelabro de plata resultaban suficientes. Mientras comentaba con sus amigas la ceremonia de la mañana y cada una contaba su anécdota o su cotilleo, era del todo evidente que María Antonieta no tenía ningunas

ganas de irse a dormir. En la estancia no había ni la más mínima corriente de aire, nadie se había movido, y sin embargo, la primera de las cuatro velas se apagó de repente sin que nadie supiese por qué. La señora Campan se precipitó a encenderla de nuevo. Enseguida se apagaron también la segunda y la tercera velas, de un modo igualmente inexplicable. María Antonieta pareció asustarse. Cogió las manos de la señora Campan y murmuró:

—La desgracia puede hacerme supersticiosa. Si esa cuarta vela se apaga como las otras, nadie podrá recriminarme que lo interprete como un siniestro presagio.

Las cuatro mujeres miraban fijamente en silencio la cuarta vela, que se extinguió tan bruscamente como las otras e igualmente sin razón. Las cuatro se quedaron de piedra, con la mirada fija en la mecha que acababa de apagarse. María Antonieta suspiró:

—Puede que esta mañana haya llevado las joyas de la Corona por última vez.

* * *

Hacia varias décadas que una colonia de judíos alsacianos y alemanes se había instalado en París, en el barrio de Marais, entre las calles Blanc Manteaux y Francs Bourgeois, alrededor del Monte de Piedad (una vecindad que no era fortuita). Eran muy piadosos y observaban rigurosamente los preceptos de la religión judaica. La mayor parte no hablaba más que su lengua materna y apenas entendía el francés. Todos ellos se dedicaban al comercio de joyas: las compraban y las revendían, sobre todo piedras preciosas sin montar. La procedencia de muchas de esas gemas era dudosa, por lo que cada vez que había un robo importante de joyas, ése era el primer lugar al que iba la policía. Aquel día de Sabbat evidentemente todas las tiendas estaban cerradas, tanto La Perla Insólita como

las otras. En el barrio se bromeaba con ese nombre, la gente se preguntaba si haría alusión a la mercancía o a la joyera, que era joven y muy hermosa. Vivía en una buhardilla sobre la tienda. Aquella noche estaba acostada, desnuda, en su cama, junto a su amante. Eran la misma Anne-Louise y el mismo Yvon que, dos meses antes, habían asistido en las calles de Versalles a la ceremonia que precedió al inicio de los Estados Generales. Habían pasado la tarde haciendo el amor. Ella contemplaba a Yvon con ternura pero también con un deseo que seguía ardiendo en su interior. A pesar de su rostro demasiado cuadrado, era guapo, sus grandes ojos azules eran su rasgo más destacado. Aunque pequeño era musculoso y bien formado. Parecía más joven de los treinta y cuatro años que tenía. A pesar de su gravedad, exhalaba voluptuosidad, y eso lo hacía especialmente atractivo. Él también contemplaba a Anne-Louise con deseo, pero sobre todo con amor; sus ojos oscuros y rasgados, su largo cabello negro, la boca generosa de labios carnosos. Era grande y fuerte para ser una mujer, y era también muy sensual. Siempre parecía dispuesta a devorar la vida a bocados. La mirada de Yvon se entretuvo en la decoración que los rodeaba. El lugar era modesto, pero Anne-Louise había conseguido crear un ambiente en el que el gusto se mezclaba con la suntuosidad oriental. Cortinas, colgaduras de brocado antiguo, cojines de todos los colores y tapices engalanados evocaban un cierto atavismo. Yvon se dirigió a su amante con voz queda:

—Cada día, cada hora, bendigo el momento en que te vi en los jardines del Palacio Real.

—Te lo estás inventando, Yvon, fui yo quien primero se fijó en ti, tú estabas demasiado ocupado sermoneando a tus amigos.

Yvon se levantó molesto:

—No estaba dando ningún sermón, hablaba de las reformas que hay que poner en práctica, y en las que creo sincera-

mente. Discutir sobre el porvenir de mi país me interesa más que enseñar economía.

Y es que Yvon Rébus era profesor en el colegio de las Cuatro Naciones. En sus horas libres emborronaba papeles y más papeles redactando discursos y proclamas, e incluso se atrevía con la poesía. No le gustaba enseñar, y mucho menos en ese colegio, un nido de privilegios y privilegiados.

—Puede —le respondió Anne-Louise—, pero sabes cómo arreglártelas, cómo organizar reuniones y estrechar tus lazos con los poderosos, o por lo menos con los futuros poderosos. Siempre me ha sorprendido la forma en que has creado, con ese aire de inocencia, semejante red de relaciones, de amigos, de contactos.

Yvon Rébus sonrió halagado. Miró a su amante con más amor todavía, si es que eso era posible.

—Yo sólo tengo un sueño, Anne-Louise: desposarte.

—Sabes perfectamente que es imposible, soy judía.

—Todo eso cambiará, gracias a nosotros. Un día, muy pronto, un cristiano podrá casarse con una judía.

—Pero el día en que una judía pueda casarse con un cristiano no está tan cerca, mi buen Yvon. Nunca me lo perdonarían.

—¿Acaso no me habías dicho que no tenías familia? Tus padres murieron y eres hija única, ¿no?

—Ya, pero están mis tíos, mis tías, mis primos, mi comunidad. Si me casase contigo, me repudiarían.

—Traigamos cuando menos a tu hijo del campo para que viva con nosotros. ¿Cuántos años tiene ese pequeño pillastre al que nunca he visto?

—Once.

—Hazlo venir con nosotros y lo consideraré mi propio hijo.

—Tu generosidad me abruma, Yvon; lo pensaré.

Él repitió:

—Si no puedo casarme contigo, déjame por lo menos adoptar a tu hijo.

Anne-Louise se quedó pensativa.

—Puede que sea una buena idea —murmuró con la cabeza en otra parte.

Yvon frunció el ceño al ver la expresión de Anne-Louise, su gesto melancólico, y repitió con firmeza:

—No le des más vueltas, muy pronto todo esto cambiará.

Su seguridad y sus sobreentendidos picaron la curiosidad de Anne-Louise.

—Los Estados Generales lo cambiarán todo, ¿verdad, Yvon?

—Esos diputados hacen un buen trabajo, pero todo es demasiado lento. Para poner fin a la tiranía y abolir la monarquía absoluta hay que dar un gran golpe.

—¿Y tienes pensado abolirla tú solo?

—No estoy solo, ¡somos muchos!

—Muchos, ¿para hacer qué?

—Estamos preparando algo que sacará a Francia de su letargo, a Francia y a Europa entera. Vamos a tomar uno de los símbolos más ignominiosos de la tiranía.

—¿Ah, sí?, ¿cuál? —le preguntó Anne-Louise inocentemente.

—No estoy autorizado a decirte nada más. A pesar de que está meditado y minuciosamente organizado, el movimiento debe parecer espontáneo. Sólo puedo decirte que ese símbolo es una prisión.

Anne-Louise había grabado sus palabras con un cuidado sabiamente disimulado. Se resistió a hacer otras preguntas para no levantar las sospechas de Yvon, que ahora se incorporaba y comenzaba a vestirse.

—Voy a reunirme con mis amigos. Muy pronto asistirás a un espectáculo como jamás has imaginado.

Anne-Louise esperó a que Yvon se hubiese marchado para

salir también ella y tomar las calles que llevaban al Sena, como si fuese a pasear aprovechando aquella cálida noche de julio. Atravesó el Pont Neuf, bordeó los muelles, tomó la calle Saints Pères y llegó al barrio de Saint-Germain, allí entró en un callejón sin salida encajado entre muros de jardines. Cuando hubo llegado a una pequeña puerta, hizo sonar la campanilla. Entonces salió un conserje que la saludó como a una vieja conocida:

—Buenas noches, señorita Roth.

Ella parecía conocer perfectamente el lugar, ya que no necesitó que el sirviente la guiara por entre el jardín, que llevaba hasta uno de esos nuevos palacetes construidos con piedra blanca que pertenecían a las familias más nobles y a los financieros mejor situados. Atravesó un salón, subió al piso superior y se dirigió sin vacilar a la biblioteca, donde entró sin llamar. La estancia, con el mobiliario de un estilo muy sobrio acorde con la última moda neoclásica, era a todas luces un refugio masculino. Las mesas y el gran escritorio estaban cubiertos de papeles y periódicos. La serie de volúmenes que llenaban los estantes hablaba de unas lecturas muy austeras: leyes, economía, historia antigua.

—*Good evening*, Adam —le dijo a la única persona que había en la estancia, un hombre arrellanado en una butaca.

Él no se levantó, y apenas mostró signo alguno de haberla oído.

—*Good evening*, Ann.

El hombre era aquel milord Carrington tan guapo, tan inglés, quien, vestido del modo más excéntrico, había asistido también al cortejo precedente a la apertura de los Estados Generales desde lo alto de un balcón y rodeado de mujeres bonitas, y aquel que había manifestado sus ideas republicanas. Llevaba pantalones, una camisa con el cuello abierto y una colorida bata con las bocamangas bordadas traída de India. Se sirvió una gran copa de champán.

—Servíos vos también, si así os place; os escucho —le dijo.

Anne-Louise le contó, casi palabra por palabra, el relato de Yvon sobre la necesidad de dar un gran golpe y sobre el ataque cuidadosamente preparado contra un «símbolo de la tiranía». Ambos se preguntaron a qué monumento se referiría Yvon. Adam halló la respuesta.

—Podemos presumir que se trata de la Bastilla. Es una prisión, y no hay símbolo más evidente. No les costará apoderarse de ella, apenas está defendida. Pero errarán el tiro, pues como víctimas de la supuesta tiranía allí no hay más que cinco o seis viejos locos.

—¿A quién os referís cuando utilizáis ese plural, Adam?

—Según lo que he podido averiguar, no hay solamente una organización estructurada. Últimamente han aparecido varios grupos, diversas asociaciones, hombres de diferentes clases y profesiones; en general, resentidos que le reprochan a la monarquía que no les otorgue el lugar al que creen tener derecho: quieren ser reconocidos. Luego también está el efecto de la moda, y es que hoy todo el mundo ataca a la monarquía, hasta los que más se aprovechan de ella, precisamente porque ésta no hace nada para defenderse. En cualquier caso, vuestros amigos tienen razón. Además de que apoderarse de la vieja prisión no sera difícil, la toma de la Bastilla tendrá consecuencias considerables a un nivel psicológico. Puede que sea el principio de un engranaje que llegue mucho más lejos. Esta información es demasiado importante para que se la haga llegar a James Burges... Escribiré a lord Grenville y a Pitt directamente.

Como buen esnob británico, a Adam Carrington le complacía dirigirse de igual a igual al primer ministro o al ministro de Asuntos Exteriores. Detestaba pasar por el subsecretario de Estado James Burges, que centralizaba la información llegada del extranjero.

—Os felicito por vuestro trabajo, Ann —continuó—.

Vuestros informes son cada vez más detallados y valiosos, mucho más que los de William Clarke y Hugh Cleghorn.

Adam Carrington había mencionado a los dos rivales de Anne-Louise a propósito, pues su sola mención la exasperaba. Adam lo sabía, y explotaba ese antagonismo.

—¡Hay que admitir —concluyó— que vuestra falsa identidad es perfecta!

—Mi apellido judío Roth aquí pasa por alemán. No sospechan que soy medio inglesa, y por otra parte, siempre he sido corredora de joyas, incluso antes de conoceros.

A Adam Carrington se le escapó una pequeña risa sarcástica:

—Resulta asombroso la variedad de identidades a las que uno puede acogerse. Vos os escondéis en la discreción y yo en la ostentación. Yo disfruto jugando con esos milores extravagantes, excéntricos y riquísimos. Cuanto más atraigo su atención, menos sospechan de mí.

—Pero riquísimo también lo sois vos, Adam.

Éste no se percató de la amargura de Anne-Louise al realizar tal comentario.

—Puede, pero mi fortuna no es inagotable. El alquiler de este palacete me resulta ruinoso, y no es mi Gobierno quien va a costearlo. Todo el dinero que me envía está destinado a mis empleados. Y mientras tanto yo, el maestro de los servicios secretos del Reino Unido, debo trabajar sólo por honor.

Su autosatisfacción irritó a Anne-Louise, quien pensó en la información que le había facilitado Yvon Rébus y reflexionó en voz alta:

—Sabía que yendo al Palacio Real y mezclándome con todos esos charlatanes que quieren cambiar el mundo conseguiría información. No hay nada que les guste tanto como hablar de sus batallitas...

—De modo que os habéis convertido en la amante de ese Yvon Rébus.

—Así es, Adam —replicó con acritud.

Carrington adoptó un tono irónico:

—Inglaterra sabrá agradeceros que sacrificuéis vuestro cuerpo por la causa.

—No sacrifico nada en absoluto —dijo casi con tristeza—, amo a Yvon.

—¿Estáis enamorada de ese mediocre?

Anne-Louise se levantó con los ojos llenos de cólera:

—Ese mediocre tiene algo que vos jamás tendréis, Adam: es bueno, es humano. Me propuso que trajese a Alexandre a París para criarlo los dos juntos.

Adam Carrington adoptó un aire falsamente apesadumbrado:

—Sé que siempre me habéis reprochado haberos forzado a internar a nuestro hijo. Pero de otro modo, con ese pequeño bastardo encima, a vos y a mí nos hubiese sido imposible llevar a cabo nuestro trabajo. Además, en el campo es completamente feliz, y vos lo visitáis a menudo.

Al oír la palabra «bastardo», Anne-Louise se estremeció y casi escupió a Adam:

—Yvon, con su infinita bondad, me propuso adoptarlo, ya que su padre nunca lo reconoció.

—¡Qué idea tan buena! ¡Vos e Yvon contáis con mi más sincera bendición para ese proyecto!

—A falta de reconocer a Alexandre, podríais por lo menos hacerlo vuestro heredero, puesto que no tenéis ningún hijo, por lo menos no legítimo, y todo apunta a que no lo tendréis, ya que parecéis decidido a continuar mariposeando de amante en amante.

—¿Un pequeño judío heredero de la fortuna de los Carrington? ¡Eso es imposible, por favor!

Comprendiendo la barbaridad que había dicho, se levantó y se acercó como un felino a Anne-Louise, la tomó entre sus brazos, la acarició y la cubrió de besos con unos gestos que de-

mostraban una larga costumbre. Al principio Anne-Louise cedió, luego lo rechazó tan violentamente que por poco lo hace caer. Y le dijo en tono sarcástico:

—¡Olvidáis, milord, que vos mismo me hicisteis saber que todo había terminado entre nosotros!

—Venga, Ann, algún sentimiento debéis de albergar si seguís aceptando trabajar para mí.

—Os equivocáis, Adam, me gusta tanto este oficio que puedo incluso trabajar con vos a pesar de despreciaros.

Ante tal insulto, Adam se echó a reír, con la risa sincera y espontánea de un hombre realmente divertido. Luego volvió a empezar:

—Basta de galanteos, lo que me habéis traído es de extrema importancia. Lo que se prepara no está en sus inicios, así que deberemos tomar cartas en este asunto...